

¿El último imperio?: notas sobre la política exterior estadounidense y el estudio de las relaciones internacionales

Marcos Cueva Perus*

Resumen

El artículo aborda el fenómeno de la sucesión hegemónica de las potencias en las relaciones internacionales a partir del análisis de la política exterior de Estados Unidos. A través del estudio comparativo de diferentes periodos de la historia de este país, el autor realiza un diagnóstico de los elementos que le han permitido consolidarse como potencia no sólo regional, sino internacional. Señala que a principios del siglo pasado Estados Unidos se había convertido en una potencia ascendente, a un ritmo de crecimiento que ningún otro país había conocido y que, tras la Segunda Guerra Mundial, nadie estaba en condiciones de disputarle la supremacía. No obstante, después de 1991, la supuesta unipolaridad estadounidense se puso en duda, y proliferaron las especulaciones sobre la posibilidad de que surgiera quien le sucediera en la disputa por la hegemonía internacional: la Unión Europea, Rusia, Japón, China o India, entre los más mencionados. El problema radica en proyectar las posibilidades de una sucesión hegemónica o en aceptar la imposibilidad de tal sucesión en un mundo multipolar.

Abstract

The article is about the phenomenon of the hegemonic succession of the powers from the study of American policy in international relations. Through the study of different periods of the history of the United States, the author makes a diagnostic of the elements that allowed this country the consolidation as a power not only in the region but in the international level. He points out that at the beginning of the last century, the United States changed to be an ascending power to an unknown growth rhythm that no other country has experienced before. After World War II nobody was able to dispute its supremacy. Nevertheless, after 1991, the apparent American unipolarity was uncertain and multiplied speculations on the possibility to succeed in the controversy to head the international hegemony by the most named: European Union, Russia, China or India. The problem is based on focusing possibilities on the hegemonic succession or either accepting the impossibility of succession within a multipolar world.

* Doctor en Economía Internacional por la Universidad Pierre Mendès-France. Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

El siglo xx americano

Durante décadas, la política exterior de Estados Unidos pareció encontrarse del “lado bueno” de la historia, en particular luego de la Primera Guerra Mundial, que sellaba el principio del fin del eurocentrismo, con la debacle europea en el conflicto.¹ El siglo xx fue sin duda un siglo americano, de acuerdo con Henry Luce (1941),² pero no de manera absoluta, como antes pudo haber siglos europeos (en particular el siglo xix británico cuasiabsoluto, durante la llamada Paz de Metternich, luego de la derrota napoleónica). Para principios del siglo pasado, en efecto, Estados Unidos se había convertido en una potencia ascendente, y a un ritmo que ningún otro país había conocido en la historia. Salvo por las consecuencias de la Revolución Rusa, en 1917, Estados Unidos se encaminaba hacia la posición que habría querido tener décadas más tarde, con el fin de la Guerra Fría: la de una superpotencia o incluso “hiperpotencia”, según la expresión del antiguo ministro de Asuntos Exteriores francés, Hubert Védrine,³ sin rivales en un mundo unipolar.⁴ El siglo xix británico iba a su fin: terminaría de desmoronarse luego de la Segunda Guerra Mundial, mientras que ninguna otra potencia podía alzarse con el cetro. Alemania y Japón, excluidos de los antiguos repartos coloniales, fracasaron en la disputa hegemónica y quedaron, a partir de 1945, bajo tutela estadounidense. Entretanto, Alemania había supuesto, más incluso que una Gran Bretaña en

¹ El conflicto fue más europeo que mundial.

² Para Luce, la guerra no era cuestión de “necesidad y de supervivencia”, sino de “elección y cálculo”. Citado en Heinz Dieterich, *Las guerras del capital. De Sarajevo a Irak*, Jorale Editores, México, 2004, p. 54.

³ Jacques Portes, *La hiperpotencia americana. ¿Hacia dónde se encamina?*, Larousse, Barcelona, 2003. Portes hace notar que “... en 1945 Estados Unidos alcanza el grado de hiperpotencia, más de lo que llegará a serlo después; sin embargo, los dirigentes no aciertan a desempeñar esta función, que se ve obstaculizada por la excepcional coyuntura de la inmediata posguerra. En efecto, la URSS no acepta la hegemonía estadounidense”. En 1945, con siete por ciento de la población del planeta, la producción industrial estadounidense supone la mitad de la producción mundial, y el dólar es la única moneda que mantiene convertibilidad a oro. Gran Bretaña había tenido una posición algo similar, por un cortísimo periodo, a mediados del siglo xix.

⁴ En las dos últimas décadas del siglo xix, la producción industrial estadounidense alcanzó y luego rebasó a la británica; desde 1910, Estados Unidos tenía una población superior a la de Francia y Gran Bretaña juntas, y en 1917, mientras la guerra devastaba al Viejo Mundo, Estados Unidos producía más bienes y mercancías que toda Europa. Fritz Sternberg, *Le conflit du siècle. Capitalisme et socialisme à l'épreuve de l'histoire*, Seuil, París, 1958, p. 86. Por su aislacionismo, Estados Unidos no había tenido que mantener un ejército fuerte. Cabe agregar que, hacia el Sur, ni siquiera tenía que avanzar con una colonización formal “dura” (salvo en los territorios que le fueron arrebatados a México).

franco declive, el mayor desafío económico para el ascenso de la potencia estadounidense.⁵

Dicho de otro modo, el sueño de un mundo unipolar, que parecía perfilarse con el fin de la Guerra Fría a partir de 1989, ya había acontecido mucho antes: al final de la Segunda Guerra Mundial, durante un periodo muy corto, nadie estaba en condiciones de disputarle la supremacía a Estados Unidos. Gran Bretaña y Francia salieron debilitados de la Segunda Guerra Mundial, y estaban rumbo al fin de sus respectivos imperios coloniales, ya maltrechos desde la Primera Guerra Mundial; la entonces Unión Soviética se encontraba devastada por las consecuencias de la invasión alemana;⁶ Alemania y Japón estaban derrotados (aunque recibirían una generosa ayuda estadounidense), y China, destruida también por la intervención japonesa, se acercaba a un periodo convulso que habría de desembocar en la revolución de 1949 y una relativa autarquía con el maoísmo. Una situación como la de 1945, favorable como nunca antes a Estados Unidos, ya no volvería a repetirse en el siglo xx.⁷

En efecto, entre 1989 (caída del Muro de Berlín) y 1991 (caída de la

⁵ Entre finales del siglo xix y principios del xx, Alemania desplazó a Gran Bretaña en materia de producción industrial y por el dinamismo de sus exportaciones (incluyendo exportaciones de capitales), sin tener empero un imperio colonial. Fritz Sternberg, *op. cit.*, pp. 147 y 151. El dinamismo de las exportaciones alemanas representaba un peligro para el comercio exterior británico. Japón tuvo en Asia las ventajas de un imperio formal prácticamente sin rivalidades, pero nunca dejó de ocupar el tercer lugar por debajo de Estados Unidos y Alemania en materia de desafío industrial.

⁶ Incluso George F. Kennan, quien formulara la Doctrina de la Contención, consideraba a finales de los años cuarenta del siglo xx que "Rusia", comparada con Occidente, "era mucho más débil". Los planificadores estadounidenses de política exterior descartaban un ataque soviético, y calculaban que la entonces Unión Soviética tardaría al menos 15 años en compensar las pérdidas humanas y la destrucción industrial de la Segunda Guerra Mundial, o hasta 20 años en alcanzar el nivel industrial estadounidense de preguerra. En 1947, existía en Estados Unidos la certeza de que el gobierno soviético ni quería, ni esperaba una guerra con Occidente en un futuro previsible. Kennan habría de escribir mucho más tarde: "De ninguna manera, la URSS me pareció entonces un peligro militar para este país. Rusia estaba, en aquella época, completamente agotada por los esfuerzos y sacrificios de la guerra reciente (...) El nivel de destrucción física había sido horrorífico (...) Era evidente que la reconstrucción iba a tardar varios años. La necesidad y del deseo de paz era altísimo entre la población de la URSS. Era, en ese momento, impensable intentar la removilización de sus Fuerzas Armadas para otra guerra y, particularmente, para una guerra de agresión. Rusia no tenía ninguna marina de guerra que mereciera este nombre y virtualmente ninguna fuerza aérea estratégica (...) En estas circunstancias no había manera de que Rusia me pareciera un peligro militar". Citado por Heinz Dieterich, *op. cit.*, p. 109.

⁷ Al término de la Segunda Guerra Mundial, salvo por la incipiente rivalidad entre Estados Unidos y la entonces Unión Soviética, no había bloques regionales formados, y "Bloques de poder regionales autónomos, como el antiguo Imperio Británico, o también 'una Europa unida e independiente', eran 'inaceptables' para Estados Unidos". Heinz Dieterich, *op. cit.*, p. 111.

Unión Soviética), la situación ya no era ni siquiera análoga a la de 1945: Japón y Alemania habían completado su recuperación económica, la Comunidad Económica Europea enfilaba hacia su consolidación como Unión Europea (UE), China había comenzado a despegar y, como sea, Rusia conservaba la capacidad de destruir a Estados Unidos en caso de un conflicto nuclear. A diferencia de 1945, cuando la supremacía estadounidense estaba fuera de duda (en el corto tiempo en que, además, Estados Unidos gozó del monopolio del arma atómica),⁸ la supuesta “unipolaridad” posterior a 1989-1991 resultaba un tanto dudosa, de tal forma que comenzaron a proliferar las especulaciones sobre nuevos conflictos y la posibilidad de que surgieran los sucesores —o el sucesor— de Estados Unidos en la disputa por la hegemonía internacional.⁹ Durante los años ochenta, llegó a pensarse en Japón —el Japón que podía decir “no”— como posible sucesor. En el largo plazo, China también ha sido mencionada como eventual potencia de reemplazo (dadas sus dimensiones y su pujanza), contra la cual Estados Unidos quisiera ejercer la “contención”.¹⁰

Hasta principios de los años setenta, en Vietnam, Estados Unidos no había perdido ninguna guerra. En la Primera Guerra Mundial, con los 14 puntos del presidente Woodrow Wilson,¹¹ que inauguraban el arbitraje estadounidense en una Europa derrotada y diezmada, Washington se había pronunciado por la autodeterminación de los pueblos, y en particular de las nacionalidades (y por ende, contra los imperios coloniales) aunque, eso sí, la intervención estadounidense había sido tardía, ya hacia el final de la contienda

⁸ Lanzada sobre Japón, pero utilizada también de manera disuasoria contra la entonces Unión Soviética.

⁹ La asesora del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos durante la administración de George W. Bush, Condoleezza Rice, consideraba: “... yo realmente creo que este periodo es análogo al de 1945 a 1947 (...) las placas tectónicas de la política internacional están acomodándose y es importante tratar de aprovechar esto y posicionar los intereses e instituciones estadounidenses (...) antes de que las placas vuelvan a inmovilizarse”. Citado por Heinz Dieterich, *op. cit.*, p. 144.

¹⁰ Con la injerencia estadounidense en Asia Central, China habría quedado “cercada”, con la presencia de Estados Unidos en el mar del sur de China, en el estrecho de Taiwan, en la península de Corea y en el corazón de Asia Central, en la frontera occidental de la región autónoma de Xinjiang-Uigur. Se habían establecido bases militares “temporales” estadounidenses en Uzbekistán, Tadjikistán y Kirguistán. Es la hipótesis que maneja Michel Chossudovsky en *Guerra y globalización*, Siglo XXI, México, 2002. Ello habría detenido el acuerdo militar Moscú-Beijing firmado en 1999, luego de la guerra en la ex Yugoslavia. El temor estadounidense a una alianza entre China y Rusia reaparece en otras argumentaciones, como la de Alexandre del Valle, *Guerres contre l'Europe*, Editions des Syrtes, París, 2000, p. 343.

¹¹ Wilson consideraba ya, en 1912: “si los Estados Unidos no pueden tener libertad de empresa, no podrán tener ningún tipo de libertad”, y argumentaba por “hacer el mundo seguro para la democracia”. Citado en Heinz Dieterich, *op. cit.*, p. 32.

(1917), que había comenzado en 1914 y terminaría en 1918. En 1945, Estados Unidos, también luego de una intervención tardía (el conflicto había arrancado en 1939 y Washington intervino hasta 1942), se encontró, luego de la derrota del Eje y de su contribución, en particular, a la derrota japonesa e italiana, entre los vencedores contra la amenaza fascista que pendía sobre la humanidad y, en particular, sobre las democracias vacilantes (Francia y Gran Bretaña). Los años 1989-1991 parecían seguir colocando a los estadounidenses de ese "lado bueno" de la historia, puesto que, por la política exterior de contención contra la Unión Soviética, se había derrumbado el otro totalitarismo en Europa Oriental. Por último, luego de su despegue económico desde finales de los años setenta, China abandonó de manera paulatina la autarquía para orientarse hacia el mercado. Por lo demás, Estados Unidos, vecino de una América Latina y el Caribe prácticamente desembarazados del colonialismo desde principios del siglo XIX, apoyaba por diversas razones los movimientos de descolonización contra "la vieja Europa". De paso, el mismo subcontinente americano entró en la era del fin de las dictaduras —como lo hacían España, Grecia y Portugal en el Mediterráneo europeo— y de la democratización generalizada, con unas cuantas excepciones. Así pues, Estados Unidos, en un siglo, parecía haber contribuido de manera decisiva —y de hecho así fue— a la derrota de los totalitarismos —fascismo y comunismo—, al afianzamiento de los movimientos de descolonización, y a la victoria generalizada —o global, si se prefiere— de la democracia y el mercado. Recibido como libertador en Normandía, con el Día D, en Italia, en el Pacífico asiático y luego en buena parte de Asia y África, Estados Unidos llegaría a serlo también en Europa Oriental (incluso en conflictos como el de la antigua Yugoslavia, en la última década del siglo XX) luego de la caída del Muro de Berlín: después de todo, John F. Kennedy había declarado que él era también "un berlinés", en apoyo a la reunificación de Berlín. De paso, junto con la democracia y el libre mercado, Estados Unidos proyectó, luego de la Segunda Guerra Mundial, desde el "modo de vida americano" (*American way of life*) hasta el reconocimiento de los derechos civiles (Martín Luther King), entre otros valores. Más adelante, Estados Unidos también se convertiría, frente a la cerrazón del antiguo bloque comunista, en adalid de los derechos humanos. La Organización de Naciones Unidas (ONU) fue fundada bajo fuerte iniciativa estadounidense, y tendría finalmente su sede en suelo norteamericano, en Nueva York. El trabajo tecnocrático del organismo habría de reflejar durante largo tiempo la idiosincrasia estadounidense.

Ante la imposibilidad de que, en la segunda posguerra del siglo XX, la entonces Unión Soviética o China le dieran alcance en la economía o en la política (buena parte de los movimientos de descolonización o de liberación nacional en el Tercer Mundo eran, ante todo, nacionalistas y con frecuencia

populistas de izquierda o de derecha, antes que procomunistas), la competencia pasó a ubicarse en el terreno militar, pero sobre todo en el propagandístico y, de manera más amplia, en el terreno ideológico y cultural, aspecto con frecuencia descuidado en el estudio de las relaciones internacionales. En este terreno, los contendientes de Estados Unidos en la era bipolar fueron derrotados: los valores del comunismo alcanzaron escasa difusión pese a la propaganda, por contraste con los culturales de un Occidente —encabezado por Estados Unidos— que ganó en el llamado *soft power*,¹² aunque no llegara a ser una propuesta “de civilización” (se trató más bien del “imperio benévolo” de Kagan o el “imperio suave constructor de naciones” de Ignatieff):¹³ el triunfo del discurso sobre la “globalización” buscaba, en todo caso, hacer las veces de propuesta “universal”. Es con este bagaje que el mundo fue entrando en la “globalización”, con el marcado sino de consecutivas victorias estadounidenses. Siempre en este ámbito global, Estados Unidos asumió, por lo menos desde la última década del siglo XX, de nueva cuenta el “lado bueno” de la historia, al buscar colocarse a la cabeza en la lucha contra algunos flagelos globales, tales como el tráfico de drogas, la proliferación de armas de destrucción masiva y el terrorismo.¹⁴ Aunque no siempre fuera así (puesto que las intervenciones en las guerras mundiales fueron tardías), Estados Unidos aparecía a finales del siglo XX como un gran árbitro en los asuntos internacionales el “árbitro imprescindible”, el estabilizador que interviene desde lejos para evitar el surgimiento de poderes hegemónicos o coalición de poderes,¹⁵ y deseoso de proyectar hacia el siglo XXI su papel de “vanguardia”.

¹² El poder blando fue definido por Joseph S. Nye, presidente del Consejo Nacional de Inteligencia y secretario adjunto de Defensa durante el gobierno de Clinton, como la capacidad que tiene un país (una gran potencia) para obtener los objetivos que se propone en la política mundial “porque otros países quieren seguir su estela, admirando sus valores, emulando su ejemplo, aspirando a su nivel de prosperidad y apertura (...). Este aspecto del poder —lograr que otros ambicionen lo que uno ambiciona— es lo que yo llamo poder blando. Más que coaccionar, absorbe a terceros”. Citado por Antoni Segura, *Señores y vasallas del siglo XXI. Una explicación de los conflictos internacionales*, Alianza, Madrid, 2004, p. 193 (nota 4).

¹³ *Ibidem*, p. 214.

¹⁴ Sin embargo, del “lado oscuro”, Estados Unidos se negó a firmar el Protocolo medioambiental de Kioto. Controlar el incremento actual de la temperatura en el planeta y el aumento de los gases de efecto invernadero tomaría “40 Kiotos”, según Jerry Malhman, del Centro Nacional para la Investigación Atmosférica de Estados Unidos. Está probado que la actividad humana impulsó la mayor parte del calentamiento del siglo pasado, y las temperaturas globales se están disparando con mayor rapidez que en ningún otro momento en los últimos 10 años. Tim Appenzeller y Dennis R. Dimick, “Introducción” en *National Geographic (en español)*, Televisa, México, septiembre 2004, pp. 2-3. Por su parte, Rusia ya aprobó el Protocolo de Kioto.

¹⁵ Véase, por ejemplo, Xavier Batalla, “La política exterior estadounidense. Un debate histórico entre idealistas, expansionistas y realistas” en Varios autores *USA: ¿antiterrorismo o imperialismo?*, Mundo Revistas, Barcelona, 2003, pp. 75-86.

Finalmente, en pocos países como en Estados Unidos la política interna y la externa llegaron a estar tan imbricadas (probablemente otro caso similar sea el de Israel), en buena medida por el peso de la inmigración y la receptividad estadounidense sobre este tema durante el siglo xx. Eran estas características, de proyección hacia el exterior, que no existían en China, Rusia o India, y que existían en mucho menor medida en algunos países europeos (con la influencia de la problemática de los inmigrantes en las elecciones). Así pues, para muchos, Estados Unidos fue algo así como la tierra de la gran promesa.

Dos momentos de Estados Unidos como polo hegemónico

De manera paradójica, Estados Unidos se encontró siempre, también, de cierto “lado oscuro” de la historia. Partícipe de no usar armas químicas o nucleares en una guerra, es el único país que ha utilizado la bomba atómica, contra Japón, en 1945. Partícipe de la defensa de la democracia a ultranza, durante varias décadas de contención contra el comunismo, en la segunda posguerra del siglo xx brindó apoyo a regímenes dictatoriales, desde el sur de Europa hasta buena parte del Tercer Mundo, incluyendo a América Latina y el Caribe, desde antes de la Revolución Cubana (como en el golpe de Estado que derrocó al guatemalteco Jacobo Arbenz en 1954). Con todo, con el fin de la Guerra Fría, Estados Unidos terminó de recuperar la iniciativa ideológica, y no sólo se colocó del lado de la democracia global, sino del lado —en particular durante los años noventa del siglo xx, con la administración de William Clinton— de la creación de un centro político ajeno a los extremismos de izquierda y derecha —casi, diríase, del lado de la Tercera Vía por la cual también abogara el primer ministro británico, Anthony Blair—. Curiosamente, este centro político adoptó un fuerte cariz de desideologización, al no cuestionar ni la democracia ni, sobre todo, la reivindicación del libre mercado que podía derivar para algunos en el fundamentalismo de mercado.¹⁶ Estados Unidos recuperó la iniciativa

¹⁶ Es el tipo de deriva que parecía prever alguien como Georges Soros, para quien, juntos, el “fundamentalismo mercantil” y el “fundamentalismo religioso” podían integrar la ideología de la supremacía norteamericana, situada por encima de los demás Estados. Aun con Estados Unidos como “país situado en el centro del sistema capitalista global y el más poderoso y principal fuerza impulsora de la globalización”, Soros llamaba a encontrar un sistema multilateral que conciliase el interés general y el principio de soberanía”, y que promoviese intervenciones constructivas en nombre de la “soberanía popular”. Véanse las propuestas en George Soros, *La burbuja de la supremacía norteamericana. Cómo corregir el abuso de poder de Estados Unidos*, Sudamericana, Buenos Aires, 2004.

ideológica que pudo haber pertenecido a sus adversarios (recuérdese, por ejemplo, cómo los países del Este europeo se hacían llamar a sí mismos “democracias populares”).

La alianza con regímenes dictatoriales durante el periodo de la contención, dejó en Estados Unidos la impronta de la tentación militarista abierta (la intervención directa en países del Sur), que todavía se hacía palpable en acontecimientos como la prolongada contienda contra el Iraq de Saddam Hussein, hasta desembocar en la ocupación del territorio iraquí y sus dificultades.¹⁷ Buena parte de los países designados como parte del “eje del mal” por la administración de George W. Bush se encontraba en esta estela, desde Cuba hasta Norcorea, pasando por Siria e Irán.¹⁸ Paradójicamente, era frecuente que, salvo excepciones, Estados Unidos terminara por intervenir, como en el Panamá de Manuel Antonio Noriega o en el Iraq de Saddam Hussein, contra sus propias criaturas, si ha de tomarse en cuenta la trayectoria de ambos líderes.¹⁹ Así, fuera de algunas criaturas del propio Estados Unidos, para principios del siglo XXI un Tercer Mundo pacificado y sin grandes conflictos bélicos había dejado de ser una amenaza para los intereses estadounidenses (incluyendo a la antigua Yugoslavia no alineada), de la forma en que lo había sido a principios de los años setenta. En cambio, con su apoyo a los derechos civiles, Estados Unidos quiso capitalizar en parte el fin del régimen del *apartheid* en Sudáfrica.

Dentro de las alianzas forjadas por Estados Unidos durante la segunda posguerra del siglo XX, tanto por razones de contención como económicas (petróleo), quedaron incluidos, de la manera más paradójica, los mismos países

¹⁷ Saddam Hussein había ofrecido contratos de producción petrolera a compañías chinas y rusas antes de la ocupación estadounidense de 2003. Desde su control sobre las importantes reservas petroleras iraquíes, Estados Unidos podía cortar el suministro de crudo y gas a China, país en rápido crecimiento y dependiente de las importaciones de energéticos.

¹⁸ La expresión “eje” no se sostiene, ya que pareciera referirse implícitamente al eje que unía a Alemania, Japón e Italia durante la Segunda Guerra Mundial, con una alianza militar formal de extrema derecha (se originó en el Pacto Antikomintern de 1936). No existe alianza alguna entre Irán, Iraq, Corea del Norte, Libia, Siria y Cuba. Véase Alex Callinicos, *Los nuevos mandarines del poder americano*, Alianza, Madrid, 2004, p. 27.

¹⁹ Saddam Hussein había sido un aliado de valía para Estados Unidos luego de la Revolución Iraní de 1979 (que se había deshecho de sus aliados comunistas y liberales), y también para la entonces Unión Soviética, que veía con temor que el islamismo chiíta pudiera extenderse hacia sus fronteras. Hussein, en su guerra de 1980 contra Irán, recibió apoyo de Arabia Saudita, apoyo logístico de Estados Unidos, armas convencionales soviéticas y armas químicas de algunos países de la entonces Comunidad Económica Europea: con el fin común de terminar con la Revolución Iraní, las alianzas tradicionales de la Guerra Fría se habían roto. Con todo, las potencias occidentales tampoco deseaban la victoria iraquí. Antoni Segura, *op. cit.*, pp. 117 y 122.

que habrían de aparecer luego como patrocinadores del terrorismo islámico (con la excepción de Irán), en particular tras los acontecimientos en Afganistán, una encrucijada estratégica: Arabia Saudita y Pakistán, que alentaron, como lo hizo Estados Unidos, a los talibanes afganos. En Afganistán, Estados Unidos trataba de resolver los problemas que él mismo había creado. Asimismo, Washington se alió con los países menos democráticos del mundo árabe: las monarquías petroleras del Golfo Pérsico, que también financiaran el terrorismo.²⁰ Lo anterior contribuyó a colocar a Estados Unidos a la defensiva de la manera más sorprendente a principios del siglo XXI, luego de que su territorio, por segunda vez desde Pearl Harbor, fuera directamente tocado por los atentados del 11 de septiembre del 2001.

La alianza con antiguos países totalitarios y democratizados luego de la Segunda Guerra Mundial, como Alemania y Japón, también dejó su impronta en Estados Unidos: por una parte, la de una competencia económica que a la postre colocaría a Estados Unidos a la defensiva y, por la otra, la de un Estado con fuerte intervención en los asuntos económicos cuando la protección nacional así lo requiriera.²¹ Independientemente de que Japón ya no fuera una alternativa de reemplazo desde los años noventa del siglo XX, y de que Alemania, por sí sola, tampoco pudiera volver a reivindicar una sucesión hegemónica (sólo podía hacerlo dentro del marco de la UE), Estados Unidos se vio desbordado por la pujanza industrial de ambos países. Los éxitos de Japón y Alemania en la segunda posguerra del siglo XX fueron, en gran medida —como el de Corea del Sur— *apadrinados por Estados Unidos, con ayuda política y militar, pero sobre todo económica* (Plan Marshall en Alemania). Con todo, la competencia de la tríada y la formación de bloques económicos, como la unipolaridad estadounidense de 1945, no es algo que estuviera por ocurrir, sino que ya había ocurrido en el pasado. Durante la crisis de entreguerras del siglo XX, tanto Alemania como Japón habían construido sus propios bloques económicos,²² a diferencia de lo sucedido ahora, mientras que Estados Unidos, luego de la Primera Guerra Mundial, había optado por el relativo aislacionismo y la política del “Buen Vecino” hacia América Latina y el Caribe. Por unos

²⁰ Sobre el “cinturón verde” tendido por Estados Unidos contra Europa, por una parte, y el mundo ortodoxo, por la otra (con las guerras desde los Balcanes hasta el Cáucaso y Asia Central), véase Alexandre del Valle, *op. cit.*, pp. 155-160.

²¹ Durante el período de entreguerras del siglo XX, Alemania creó una “economía de guerra en tiempos de paz” (con el nacional-socialismo) con un Estado excepcionalmente fuerte, y sobre la base del ejército. Estados Unidos también habría de crear a la larga un gigantesco complejo militar-industrial, pero no en detrimento de la producción civil.

²² El de Alemania era más difícil de construir dada la “balcanización” del sudeste europeo.

pocos años, en ese entonces tanto japoneses como alemanes pudieron acariciar el sueño de la dominación mundial, el mismo que acariciara Estados Unidos entre 1945 y 1989. Para principios del siglo XXI, sin embargo, la situación ya no era la misma para ninguno de los tres. Japón y Alemania, habida cuenta de sus experiencias históricas, ya no volverían a anhelar el sueño de la dominación mundial o por bloques.

La rivalidad con los países comunistas, en particular con los dos gigantes, la entonces Unión Soviética y China, dejó la impronta, además del gigantismo en la concepción de las rivalidades geopolíticas y en la intervención del Estado (por lo menos en asuntos militares, con el surgimiento del llamado complejo militar-industrial que con tanto temor veía Eisenhower), de la búsqueda de una nueva frontera en la abundancia para todos en la "tierra prometida". De raigambre igualitarista, y habida cuenta del atraso respecto de los centros del poder mundial, la antigua Unión Soviética y China incubaron la ideología del alcance, sin poder conseguir jamás, pese a sus respectivas aperturas al mercado, emular o alcanzar a Estados Unidos en materia de bonanza económica. Éste, en cambio, habiendo triunfado, logró que el libre mercado, ya sin trabas, llegara a ser percibido cual promesa idéntica a "abundancia para todos" en el *McWorld*,²³ al precio de los sacrificios que fueren: ya no en nombre de ideales, sino en nombre de intereses económicos supuestamente compartidos. Con China, el temor de Estados Unidos no era sólo que pudiera surgir, a largo plazo en el siglo XXI, un posible sucesor hegemónico, sino el miedo a un gigantismo por igual en lo positivo que en lo negativo: la emulación de los patrones de consumo occidentales podía multiplicar en el país asiático los problemas medioambientales y sociales hasta proporciones nunca vistas, por lo que el propio Estados Unidos parecía preferir un régimen de "mano dura". Por su parte, y como ya se ha dicho, Rusia quedó como país capaz de destruir a Estados Unidos, y como reserva energética de la que este país podía pasar a depender, pero la transición al mercado desembocó en una deriva mafiosa y anárquica que el presidente ruso Vladimir Putin intentaba controlar.²⁴

²³ La "bonanza" estadounidense de la última década del siglo XX le debe mucho a *Internet*, como escribe Portes: "La implantación de *Internet* en Estados Unidos es tan rápida que, a finales de la década de 1990, más de la mitad de las familias dispone de un ordenador (...) *Internet* constituye el motor de crecimiento de la década de 1990, y atrae consigo a toda la economía americana: durante este período se crean millones de puestos de trabajo, y gracias a ello el paro llega al punto más bajo de su historia (el 3% en 1999)". Véase Jacques Portes, *op. cit.*, p. 50.

²⁴ Sobre el tema véase, por ejemplo, Pablo Telman Sánchez Ramírez y Ana Teresa Gutiérrez del Cid, *Rusia: política exterior y conflicto interno, de Mijaíl Gorbachov a Vladimir Putin*. Quimera/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, campus Ciudad de México, México, 2003. Véase también Ana Teresa Gutiérrez del Cid, "La proyección regional de la nueva

Por lo demás, de la misma manera en que hacia finales de la Guerra Fría había formado alianzas contra natura en nombre de la contención, luego de la caída del Muro de Berlín Estados Unidos buscó apoyarse en las reminiscencias imperiales de unos y otros: así, apoyó la injerencia alemana (y del Vaticano) en el conflicto en la antigua Yugoslavia durante los años noventa del siglo XX, y respaldó el regreso del panturquismo (reminiscencia del Imperio otomano) en el Cáucaso y el Asia Central ex soviéticos (posición difícil para una Turquía desgarrada entre su presencia asiática y su pertenencia europea), entre otras cosas para contrarrestar a Irán, y dio el espaldarazo al panislamismo en Afganistán, aún a costa de resultados a la larga contraproducentes. Esta lógica reavivó las ambiciones británicas (al precio de la subordinación a Estados Unidos), las del gaullismo francés (también de modo contraproducente) y estuvo cerca de provocar, en el conflicto por Kosovo (antigua Yugoslavia), el paneslavismo ruso, en lo que podía parecer una vuelta a cuadros similares a los que habían antecedido a la Primera Guerra Mundial, justamente cuando Estados Unidos era una potencia ascendente. En la búsqueda de aliados, Estados Unidos también reavivó cierto espíritu de “cruzada de Occidente” contra el resto del mundo, pero en particular contra el oriental (no occidental).²⁵

Habida cuenta de todo lo anterior, los atentados del 11 de septiembre de 2001 encontraron a Estados Unidos no como pudiera pensarse en la cumbre de una victoria en un mundo irreversiblemente unipolar, sino a la defensiva en varios terrenos (frente a la competencia japonesa y europea, el gigantismo chino, el poder militar ruso), a diferencia de aquel periodo de la primera mitad del siglo XX, cuando no necesitaba del resto del mundo, pero buena parte del planeta lo necesitaba cada vez más. En particular, Estados Unidos se encontró en

geopolítica estadounidense” en Graciela Pérez Gavilán y Ana Teresa Gutiérrez del Cid (coords.), *Pensar la guerra: hacia una nueva geopolítica mundial*, Quimera/Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco, México, 2004, pp. 175-215.

²⁵ La expresión “Occidente” designa en un principio a Europa del Oeste, y de manera más precisa aún a la civilización latino-celta-germano-cristiana que apareciera sobre las ruinas del Imperio romano de Occidente. Esta noción se afirmará con Carlomagno y la alianza entre el sustrato celta-romano y el aporte judeo-cristiano, diferente de la Europa ortodoxa “oriental”. Para el filósofo personalista Emmanuel Mounier, la civilización occidental se caracteriza por el lugar otorgado a la “persona humana”, aporte mayor del cristianismo, gracias al dogma de la Encarnación, hasta llegar a los extremos del individualismo. La otra característica de la civilización europea es el universalismo, probablemente ausente en Estados Unidos. Sobre la noción de “Occidente”, véase Alexandre del Valle, *op. cit.*, pp. 356-362. Para el autor, la ampliación de la noción de “Occidente” —¡que en un tiempo incluía a Japón!— forma parte de la “guerra de representaciones” con determinados fines geopolíticos (ya que Occidente pasaría a designar un imperio marítimo planetario de cultura y expresión anglosajonas). Véase Alexandre del Valle, *op. cit.*, pp. 364-365.

un mundo más competitivo –y del que, por las mismas razones, se suponía que podía entrar en una era de multipolaridad– y con menos fortalezas que durante la primera mitad del siglo XX, o incluso hasta los años setenta del mismo.

Ahora bien, en este mismo mundo más competitivo, lo paradójico es que ninguna potencia se atreviera a desafiar abiertamente a Estados Unidos: ni los “Estados canallas”, desde luego, pero sobre todo, ninguno de los posibles competidores pares, ninguno de los cuales parecía tener la fuerza para encarar por sí solo tal desafío (salvo en pronunciamientos esporádicos de Francia). Ni siquiera lo hizo la UE, algo más distanciada de Estados Unidos luego de la ocupación de Iraq en el año 2003. Pese a los brotes de multipolaridad y los temores estadounidenses al respecto, ni había aparecido un candidato lo suficientemente sólido para encarar la sucesión hegemónica (ni la UE,²⁶ ni China, ni Rusia, ni mucho menos India), ni para dar el primer paso en la unión de un supuesto –y muy hipotético– “todos contra Estados Unidos”: la política exterior estadounidense parecía encontrar escasos límites. Como sea, los más diversos análisis dejaban traslucir la inseguridad estadounidense sobre su propia primacía. ¿Cómo podía sentirse insegura una superpotencia a la que ningún retador parecía disputarle el cetro? Curiosamente, los posibles competidores pares de Estados Unidos también se encontraban a la defensiva: la UE carente de fuerza diplomática y militar propia, Rusia en el marasmo interno, China en el atolladero de su propio gigantismo e India en sus límites regionales. Los acuerdos entre competidores pares parecían surgir todos como reacción de defensa frente a los intentos estadounidenses por ocupar el vacío dejado por la antigua Unión Soviética (como los acuerdos entre China y Rusia, o entre Francia y la India, etc.).

²⁶ El eurocentrismo de hoy ya no podría ser el de antaño, cuando cancilleres como el alemán Willy Brandt, socialdemócrata, u otros gobernantes de similar orientación, proponían un Nuevo Orden Internacional más equilibrado en las relaciones Norte-Sur y Este-Oeste, con Europa como centro, mientras que Estados Unidos (derrota de Vietnam, *Watergate*, etc.) parecía estar aún más a la defensiva que hoy. Escribe Alexandre del Valle sobre la actualidad: “De hecho, los europeos se han vuelto sus peores enemigos. Traumatizados por las guerras y por los totalitarismos modernos, nacional-socialista y soviético-comunista, concebidos en Europa y de los cuales se sienten colectivamente culpables, a duras penas pueden reconciliarse consigo mismos, y por ende creer en la legitimidad misma de su sobrevivencia (...) la mala conciencia europea ha terminado por provocar efectos contrarios a los esperados: no luchar contra los gérmenes de la guerra y del odio y construir una Europa pacífica, sino destilar progresivamente, en las conciencias europeas, el equivalente invertido del odio del otro: el odio a sí mismo, el veneno psicológico de la autodestrucción, que terminó por hacer que los europeos se resignaran a su declive, vivido como una especie de redención colectiva expiatoria”. El pasado europeo era mucho más difícil de remontar que el estadounidense. Alexandre del Valle, *op. cit.*, p. 373.

Cabe considerar la hipótesis de que, en comparación con los años setenta, Estados Unidos, siempre en la perspectiva del “lado bueno” de la historia, había conseguido un importante *roll back*: el tercermundismo, el comunismo y el europeísmo (socialdemócrata), que a su manera habían intentado conjuntar fuerzas al principio de la crisis dejaron de ser un desafío inmediato para la superpotencia. Desde este punto de vista, las posibilidades de la multipolaridad parecían menguadas: de alguna manera, el mundo fue en los años setenta mucho más multipolar –al momento de la *détente* entre Estados Unidos y la Unión Soviética– de lo que podía serlo a principios del siglo XXI. Salvo el costoso europeísmo, las demás fuerzas estaban derrotadas. En segundo lugar, Estados Unidos, como ya se ha observado, había ganado una batalla que podía parecer secundaria: la de las ideas, puesto que no quedaba ya prácticamente, ni siquiera en la perspectiva de un mundo multipolar, alternativa a la democratización generalizada –por ese mismo camino habían entrado países como Libia y, en menor medida, Irán– y al libre mercado, ni siquiera en América Latina y el Caribe (Cuba seguía siendo una peculiar economía de guerra). Ni Rusia ni China representaban, desde este punto de vista, verdaderas alternativas, y Estados Unidos conservaba la primacía en el *soft power*.²⁷ En la globalización, no parecía haber alternativa a los valores

²⁷ Probada en parte con la desaparecida Unión Soviética, Estados Unidos ensayó una política exterior en la cual el instrumental político-ideológico prevaleciera sobre el militar, luego de que, con Reagan, se había demostrado que se podía articular fuerza con negociación. Dentro de los nuevos parámetros, Estados Unidos insiste en la batalla por un modelo de sociedad y su hegemonía, sin cuestionar nunca el libre mercado, y –de nueva cuenta del “lado bueno” de la historia– da la primacía al robustecimiento de la sociedad civil, de los grupos intermedios y entidades voluntarias independientes del Estado (sindicatos, instituciones intelectuales, educativas y religiosas; cooperativas; medios de comunicación autónomos; asociaciones estudiantiles, profesionales, de mujeres, étnicas, de negocios y comerciales; ligas campesinas, grupos de autoayuda, etc.). Recuperada la iniciativa (y la lucha por la opinión y el consenso internacional y doméstico) luego de la Guerra de Vietnam, que fracturó el consenso bipartidario, se trata de promover el capitalismo democrático; en los países del Sur, y de promover las reformas de los Estados, los cambios en los modelos de sociedad y las políticas macrosociales para ganar el apoyo de la población (edificar un consenso activo entre la población civil), en un tipo de guerra donde lo militar ya no es lo decisivo. El triunfo es identificado con la irrupción y el afianzamiento de las transiciones democráticas. El eventual deterioro económico-social llama a atajar las aproximaciones populistas que, en el lenguaje norteamericano, equivalen a ópticas distributivas y nacionalistas. “En el lenguaje estadounidense –escribe Ana María Ezcurra– la democracia no envuelve solamente una institucionalidad formal. Además se impule el ascenso de un espectro político específico: el ‘centro democrático’, ‘moderado’, que llevaría consigo un repudio de dictaduras derechistas e izquierdistas radicalizadas. Pero el concepto de ‘centro’ no es una referencia ideológica vaga e imprecisa: supone una política económica (de estirpe neoliberal), un modelo político (la ‘democracia de los ciudadanos’), una óptica de seguridad y un alineamiento en temas externos”. Ana María Ezcurra, *El conflicto del año 2000. Bush: intervencionismo y distensión*, El Jugar, México, pp. 121-122. La administración de George Bush

estadounidenses: más aún, parecía haberse creado un traslape—si no es que una identidad—entre valores estadounidenses y valores de la globalización,²⁸ frente a los cuales no aparecía alternativa visible (desde luego que no los valores chinos; los valores rusos, para no confundir con el comunismo; ni los valores indios).²⁹ Eso sí, Estados Unidos y Europa compartían, pese a las fisuras, los valores de Occidente.³⁰

Fundamentos y actualidad de la hegemonía estadounidense

Como lo han hecho notar diversos autores, Estados Unidos gozó, casi desde su formación, de una posición geográfica privilegiada, al haberse convertido en un continente dentro de un continente y, además, aislado del epicentro de los conflictos de la Modernidad: Europa, siempre obligada a negociar entre

padre ya contemplaba la lucha contra el terrorismo, catalogado como “una forma de guerra hecha por fuerzas políticas, incluyendo el respaldo de algunos Estados soberanos”. Citado por Ana María Ezcurra, *op. cit.*, p. 105.

²⁸ La música y la cinematografía quizá constituyan un buen ejemplo de este traslape: inventores del entretenimiento de masas entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, para 1926 los estadounidenses habían logrado que fueran americanas dos terceras partes de las películas que veían los franceses y la mitad de las que se proyectaban en Alemania. Jacques Portes, *op. cit.*, p. 28. Cuando, a finales de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos le propuso a Europa la cancelación de las deudas contraídas durante la guerra y la concesión de nuevos créditos a cambio de que se suprimieran las barreras arancelarias para los productos americanos, el Viejo Continente se vio inundado de películas de Hollywood. Jacques Portes, *op. cit.*, p. 63. Para los años noventa, la cuota de mercado de cine americano (con las cinco mayores productoras mundiales de origen estadounidense: Disney, Universal, Warner, Paramount y Columbia) en la Unión Europea era de 73 por ciento (82 por ciento en Alemania, 90 por ciento en Reino Unido, contra 58 por ciento en Francia). En la música, las medidas proteccionistas contra los productos estadounidenses son muy raras. Jacques Portes, *op. cit.*, pp. 78-79. Sobre el modo en que el cine estadounidense representaba el “buen lado” de la historia en la ayuda a Europa contra los nazis, véase por ejemplo el artículo de Barbara Probst Salomon, “Películas de guerra, nacionalismo y amnesia histórica” en *Letras libres*, México, septiembre 2, año VI, núm. 69, pp. 28-30.

²⁹ Ana María Ezcurra logró mostrar cómo, desde la era de Reagan, Estados Unidos recuperó la iniciativa sobre el “capitalismo democrático” y consiguió un consenso bipartidario sobre el tema, con el “globalismo de la postguerra fría” y la “alianza global para la democracia” (pugna por la legitimidad y el consenso, integración de valores e intereses, etc.). En esta óptica, a lo sumo, Estados Unidos admitiría una “conducción policéntrica informal” del mundo que no desagradaría a las demás potencias, sin buscar empero una insegura *pax americana*, puesto que Washington se habría hecho consciente de los riesgos del “declinismo”, por lo que preferiría una “sociedad global” de “responsabilidades compartidas”. Véase sobre el tema Ana María Ezcurra, *Clinton. ¿Una nueva política exterior?*, El Juglar, México, 1992.

³⁰ Por lo demás, para los años noventa del siglo XX más de la mitad de las inversiones directas de Estados Unidos en el exterior se dirigía a Europa. Jacques Portes, *op. cit.*, pp. 92-93.

potencias y entrar en el juego de alianzas, cosa que los estadounidenses no tuvieron que hacer. Desde su formación, este país ni siquiera tuvo que formar auténticas y duraderas alianzas, ni que valorar, por ende, todo el peso y la importancia de la diplomacia: compró territorios a potencias debilitadas por el propio juego de equilibrios y de guerras en el continente europeo y en las colonias. Así, la revolución de independencia norteamericana fue incluso una revolución pacífica, si ha de compararse con otras revoluciones. La posición geográfica aislada de Estados Unidos y la ausencia de rivales, competidores o siquiera amenazas graves en el sur del continente americano (con la excepción de Cuba sólo durante la crisis de los misiles en 1962), hizo que, siempre del “lado bueno”, pudieran coexistir en la política exterior el idealismo, atribuido a presidentes como Woodrow Wilson, y el acendrado realismo de practicantes como Henry Kissinger o George F. Kennan. Ni siquiera Gran Bretaña logró una posición tan privilegiada: fue alcanzada por los bombardeos masivos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Así, es probable que idealismo y realismo siempre se hayan conjugado, de una u otra manera, en la política exterior del “buen” Estados Unidos que incluso retrataran algunas películas. Por lo que hace al expansionismo, surgido a finales del siglo XIX, siempre pudo contar con la conciencia de la protección. En el pasado, por lo menos hasta la Segunda Guerra Mundial (y quizás hasta la segunda posguerra del siglo XX), Estados Unidos podía practicar el aislacionismo con toda la seguridad de no ser atacado en su territorio. Y podía, a la par, practicar también el expansionismo con la misma certeza de no sufrir represalias en suelo propio (hasta el 11 de septiembre de 2001). Ninguna otra potencia del mundo puede preciarse de lo mismo. En perspectiva, la conciencia de este privilegio de poder marítimo e insular seguía pesando al entrar la superpotencia en el siglo XXI. Si acaso, prácticamente la única potencia que adquirió la capacidad de vulnerar a Estados Unidos en su territorio —la capacidad del terrorismo islámico era limitada— era la antigua Unión Soviética, como, en realidad, lo seguiría siendo Rusia al término de la Guerra Fría. Más incluso que el comunismo, es probable que ese haya sido el desafío mayor de la entonces Unión Soviética a Estados Unidos que, por lo mismo, no renunciaría nunca al anhelo de desarmarla por completo, aunque ya no fuera realizable.³¹

³¹ Con todo, al igual que con la ampliación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), Estados Unidos seguía con movimientos hacia las fronteras rusas. Así por ejemplo, Washington planeaba reconfigurar a casi 70 mil tropas estacionadas en Europa y Asia, para establecer nuevas bases en países como Bulgaria, Hungría, Polonia y Rumania. Véase “Retiro de fuerzas de EU, amenaza potencial: Moscú. El Báltico y Transcaucasia serían su nuevo destino, advierte la cancillería” en *El financiero*, México, miércoles 18 de agosto de 2004, p. 32.

Ahora bien, el aislacionismo suponía, como ocurría hasta principios del siglo xx, la capacidad de Estados Unidos para la autosuficiencia y para exportar de todo —desde mercancías hasta un modelo—, de tal modo que se aseguraran los efectos de dominación³² de la potencia sobre los demás: en otros términos, que el resto del mundo fuera más dependiente de Estados Unidos que éstos de aquél. Era esta la situación que había cambiado a finales del siglo xx, puesto que Estados Unidos se había vuelto, a fuerza de perder competitividad económica y de las impregnaciones ya mencionadas, en un país dependiente del resto del mundo, quizás más que éste de él. Desde este punto de vista, Estados Unidos dejó de ser la potencia ascendente de principios del siglo xx, sin que ello supusiera que se hubiera vuelto automáticamente una potencia en declive: los estrategias estadounidenses de política exterior, en todo caso, aspiraban a administrar lo mejor posible —sin perder un papel preponderante— esta nueva situación (aún pretendiendo que pudiera dar lugar a una nueva larga paz de Metternich, sólo que ahora global). El marcado internacionalismo, tanto de demócratas como de republicanos, y la virtual aparición de un consenso bipartidista en materia de política exterior se explica por este giro. En diversos textos, como los de Huntington, Kennedy, Soros o Brzezinski, despunta la intuición fulgurante de lo que podría ocurrir en un mundo multipolar, que podría eventualmente subsistir sin necesitar de Estados Unidos en la misma medida que éste de aquél, de tal modo que Washington tuviera que regresar a su escala verdadera: la de una potencia entre otras, una democracia entre otras y una economía entre otras, pero sin supremacía sobre las demás, y sin hegemonía internacional tampoco. En el terreno de las ideas, esta tendencia chocaba con el hecho de inculcar el privilegio que ya se mencionó. Así pues, para principios del siglo xxi, Estados Unidos se encontraba en la posición de defender sus privilegios, pero en una situación de dependencia creciente del resto del mundo y no de independencia. Ello suponía renunciar a la desigualdad —o lo que se ha llamado “asimetría”— en las relaciones con distintas latitudes del planeta, pero renunciar a la desigualdad equivalía a renunciar al privilegio. Probablemente ello explique la renuncia de Estados Unidos a aceptar reformas —como la de la ONU— que volvieran más igualitario el trato entre potencias y entre éstas y las no potencias (o incluso los países emergentes). Al interior de Estados Unidos, por lo demás, el igualitarismo tiene un peso menor que en Europa (Revolución Francesa), Rusia (Revolución Rusa), o China (Revolución

³² Pueden existir “efectos de dominación”, que “niegan los esquemas de la interdependencia general y recíproca”, de diversa índole: dominación total, *leadership*, influencia unilateral, dominación parcial. Véase Maurice Byé y Gérard Destanne de Bernis, *Relations économiques internationales*, Précis Dalloz, París, 1987.

China). Como sea, Estados Unidos buscaba asegurar una posición de *primus inter pares*, sin renunciar a sus efectos de dominación. Es un hecho que ninguna otra potencia consiguió ejercer efectos de dominación similares sobre Estados Unidos.

Habida cuenta de lo anterior, una reforma de la ONU parecía poco probable,³³ sobre todo con un Consejo de Seguridad que seguía respondiendo a la situación creada en 1945 y durante la segunda posguerra del siglo xx.³⁴ En el mismo orden de ideas, parecía difícil una reforma de otros organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial para ajustarlos a las transformaciones en curso: después de todo, e independientemente del desafío que representaba el euro, el dólar seguía siendo la principal moneda de uso internacional. Por otra parte, no quedaba clara la nueva posición del derecho internacional, donde se había entablado una batalla por hacerlo más igualitario, y otra por hacerlo más acorde a la búsqueda, por parte de Estados Unidos, del aseguramiento de los privilegios.

¿Unipolaridad o multipolaridad?: la reestructuración de la hegemonía estadounidense

Como Estados Unidos, América Latina y el Caribe se beneficiaron, durante la Guerra Fría, de la insularidad geográfica. Así, es probable que en ese periodo incluso África haya sido un área más convulsa que el subcontinente americano, pese a una mayor marginalidad. Periferia y margen, en efecto, no son lo mismo: la periferia de un centro supone la inclusión de aquélla en éste, mientras que la marginalidad o, si se quiere, la “periferia de las periferias” supone la exclusión y la atomización. Si la pertenencia de América Latina y el Caribe al Tercer

³³ La ONU, para algunos, se habría ido impregnando de la cosmovisión estadounidense, al abandonar el antropocentrismo (por ejemplo, para defender un medio ambiente donde la persona humana sería un ser viviente entre otros, un fragmento de la Tierra, en una marcada cosmovisión cientificista evolucionista) y al desvirtuar las leyes (incluyendo la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 en París) reemplazando el consentimiento por el consenso. Así, los derechos humanos se volverían, lejos de la concepción realista que aparece en 1789 y 1918, producto de convenios y convenciones por consenso que, ya ratificados, adquirirían fuerza de ley (la ONU recurriría al derecho internacional positivo, erosionando la soberanía de las naciones y convirtiéndose en una burocracia que privaría al hombre del lugar central que le reconocen las grandes tradiciones filosóficas, jurídicas y religiosas). Desde ésta óptica, véase Michel Schooyans, *La cara oculta de la ONU*, Diana, México, 2002.

³⁴ El problema no es sólo que estuvieran representados los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, sino que los cinco (Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Rusia y China) poseían armas nucleares.

Mundo no dejaba duda alguna, África, habida cuenta de su atraso, del saldo de la sangría colonial con el tráfico de esclavos, de las hambrunas y las frecuentes guerras civiles –rayanas a menudo en el enfrentamiento tribal o étnico–, parecía deslizarse usualmente hacia el “Cuarto Mundo”, aunque algo de esta visión haya sido favorecida por las antiguas metrópolis europeas. En todo caso, América Latina y gran parte del Caribe lograron su independencia del Imperio español desde principios del siglo XIX; en el mismo subcontinente, las rivalidades informales entre Francia y Gran Bretaña se produjeron también en el siglo XIX y, siempre del “lado bueno” de la historia, la vecindad con una sola potencia garantizó durante el siglo XX una relativa estabilidad, pero a costa del aislamiento. En cambio, la descolonización en África, desde el Norte hasta el Sur, se produjo apenas en el siglo pasado y, siempre en la “periferia de las periferias”, varias antiguas colonias, ex portuguesas en particular (Angola, Mozambique, Guinea-Bissau, Cabo Verde), se acercaron al campo socialista. Cuba, que nunca envió tropas a ningún país latinoamericano o siquiera caribeño (ni siquiera en Grenada), sí lo hizo en cambio en África (Angola, Etiopía). China, que no intervino en ningún conflicto latinoamericano o caribeño, sí lo hizo en cambio, de modo indirecto, en casos como el de Angola. En África, durante la segunda posguerra del siglo XX y hasta principios de los años setenta, se conjuntaron a la vez la descolonización y el enfrentamiento bipolar, retroalimentándose, por lo que la sangría y la desintegración fueron más graves que en el subcontinente latinoamericano. En perspectiva, entonces, la situación latinoamericana y caribeña en la segunda mitad del siglo XX fue mucho más estable –aunque marcada por la profunda desigualdad en la relación con Estados Unidos– que la africana, mucho más próxima a la desintegración. Esta situación habría de cambiar con el fin de la Guerra Fría. Como sea, siempre del “lado bueno” de la historia, Estados Unidos, tierra de inmigración, se encontraba en una posición relativamente privilegiada para profundizar su presencia en África, al coincidir los intereses de los derechos civiles de los afroamericanos en Estados Unidos con el fin del *apartheid* en Sudáfrica, símbolo de casi toda la historia africana. De igual modo, mediante el “cinturón verde” de la ribera sur del Mediterráneo, Estados Unidos consiguió el acercamiento con el norte de África. De todos los conflictos de descolonización surgidos en la segunda posguerra del siglo XX, sólo quedaba por resolver la espinosa cuestión palestino-israelí, la “más vieja del siglo XX”, de acuerdo con Segura.

En otra parte del mundo, hasta el comienzo de la guerra en Afganistán (1979), también era estable la situación de la periferia de la Unión Soviética o, para ser más precisos, de la Federación Rusa: el Cáucaso y el Asia Central, parte del epicentro del terrorismo islámico y del “cinturón verde” que Estados Unidos y otras potencias (como Gran Bretaña) quisieron tender alrededor de la antigua Unión Soviética. Dentro de las nuevas asimetrías, para principios del

siglo XXI destacaba la siguiente: el retiro completo de la entonces Unión Soviética de América Latina (donde había presencia en Nicaragua) y el Caribe (Cuba), en el “patio trasero” estadounidense, contrasta con el hecho de que Estados Unidos haya adquirido mayor profundidad estratégica en la periferia ex soviética, desde Georgia o incluso Chechenia hasta repúblicas como Turkmenistán o Uzbekistán, en lo que los rusos han llamado el “extranjero cercano”, a la par con la profundidad obtenida mediante la OTAN en Europa Oriental, desde el conflicto en la ex Yugoslavia hasta las repúblicas del Báltico.³⁵ En términos geográficos, el Asia Central ex soviética estaba, hasta el final de la Guerra Fría, tan protegida por la insularidad de las estepas en lo que Mc Kinder llamara el *heartland* del mundo, como América Latina y el Caribe en la insularidad americana y el privilegio ya mencionado. La encrucijada de Asia Central, distinta a la de Oriente Medio, era también periférica para India (conflicto en Cachemira) y para China (minorías musulmanas del Xinjiang, en el Tibet). Si pudiera hacerse una equivalencia, podría señalarse que, durante la Guerra Fría, América Latina y el Caribe, en la “periferia de las periferias” rusas, fueron la última de las preocupaciones de Moscú, del mismo modo en que, por lo menos hasta la administración Reagan, las ex repúblicas soviéticas de Asia Central, prácticamente desconocidas para el mundo occidental, fueron la última de las preocupaciones estadounidenses, y por ende regiones relativamente estables, e integradas de forma mínima al mercado, con resabios de economías atrasadas (feudales, pastoriles). Esta estabilidad seguía reflejándose en el tipo de gobiernos establecidos desde Azerbaidján hasta Uzbekistán (países con los que Estados Unidos no dudaba, de nueva cuenta, en hacer alianzas). En perspectiva, la nueva asimetría amenazaba con colocar a América Latina y el Caribe en la periferia estadounidense, sobre todo con los tratados de integración económica (TLCAN y ALCA), pero también en un creciente estado de marginación (en la periferia de la periferia de prácticamente todas las potencias): lejos del “Gran Juego” euroasiático de recomposición de centros y periferias, un proceso quizá más sorprendente que el de la periferización africana. Si la insularidad siempre corrió el riesgo de desencadenar tendencias aislacionistas en Estados Unidos, en América Latina y el Caribe corrió por su parte el riesgo de convertirse en marginación y exclusión pura y simple. Desafortunadamente, con el fin del tercermundismo, el

³⁵ De nuevo en el “lado oscuro” de la historia, Estados Unidos hizo, desde el fin de la Guerra Fría y dado su interés en el petróleo, alianzas con gobiernos (como los de Azerbaidján o Uzbekistán) sin credenciales democráticas sólidas. Es, en especial, el caso de Uzbekistán. Varias repúblicas ex soviéticas del Asia Central (las mismas que habían votado permanecer dentro de la Unión con el referendo de Gorbachov en 1991) tenían gobiernos poco democráticos, emanados de la *nomenklatura* de la antigua Unión Soviética.

européismo y el comunismo, han menguado los estudios comparativos entre Asia, África y América Latina y el Caribe en nuestros estudios de relaciones internacionales, a diferencia de lo que ocurría todavía hasta principios de la década de los años setenta del siglo xx.

En un mundo unipolar, el horizonte de predictibilidad del futuro latinoamericano y caribeño no sería demasiado difícil de trazar, habida cuenta de la creciente integración, desde muchos puntos de vista, con Estados Unidos y su apabullante *soft power*: la situación tiene algo de un pacífico *Anschluss*.³⁶ En buena medida, pasada la euforia sobre una supuesta “era del Pacífico”, la evolución del subcontinente seguía atada a la de la relación entre Estados Unidos y Europa (en particular Europa Occidental, aunque ésta escogiera extenderse hacia Europa Oriental), cuyas primeras fisuras empezaron a aparecer con la guerra de Iraq en el año 2003. Pero Europa, por su parte, no parecía dispuesta a resolver los problemas de la decadencia relativa del europeísmo, que comenzara con las dos guerras mundiales del siglo xx, hacia el Occidente, sino con una creciente mirada hacia Oriente, donde quedaban planteadas las dificultades de la multipolaridad, y con un mayor entrenamiento para las negociaciones —habida cuenta de la influencia del realismo desde la Paz de Metternich que tanto interesara a Kissinger—. En este contexto, ¿qué ocurriría con América Latina y el Caribe en un contexto multipolar, en el cual Estados Unidos fuera una potencia como otras, una democracia como otras y una economía como otras? El problema para el estudio de las relaciones internacionales estriba en proyectar las posibilidades de una sucesión hegemónica, o en aceptar la imposibilidad de tal sucesión en un mundo multipolar. ¿Podría existir entonces un mundo donde ya no se planteara el problema de la sucesión hegemónica? ¿Qué ocurriría en tal caso con el “último imperio”? ¿Qué características adoptaría un mundo multipolar, si alcanzara a surgir? También queda la posibilidad de que este “Gran Juego” termine en un “rey ahogado”, o en una larga descomposición bajo primacía estadounidense.

El mundo probablemente no haya sido, en el siglo xx, tan multipolar como lo fue en los años setenta. En medio de la distensión entre Estados Unidos y la antigua Unión Soviética, la superpotencia tenía que enfrentar una creciente competencia económica de la entonces Comunidad Económica Europea —en particular de Alemania— y de Japón: es sobre este antecedente que, para algunos, el mundo comenzó a dirigirse hacia el control de la tríada. Por otra parte, el otrora bloque socialista se encontraba dividido entre los intereses divergentes de Moscú y los de Beijing. Aún en medio de la necesidad de buscar y

³⁶ La situación austriaca en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

encontrar un nuevo balance de poder en el espejo de la Europa del siglo XIX, como lo proponía Kissinger, Estados Unidos encontró, incluso con un Nixon a la defensiva, el modo de acercarse a China hacia 1972. A diferencia de la Unión Soviética, China no había tenido que cargar con la carrera armamentista, cosa que probablemente contribuyera a su despegue económico.

A principios del siglo XXI, de las potencias que podían forjar un mundo multipolar, ninguna tenía en realidad una vocación hegemónica, a diferencia de Estados Unidos que, por lo mismo, podía seguir ejerciendo sus efectos de dominación sobre aquéllas. Si acaso, sólo la UE aspiraba a restaurar esta vocación hegemónica. Ni Alemania ni Japón podían expandirse desde el punto de vista militar, ni ocupaban un lugar en el Consejo de Seguridad de la ONU. Desde este punto de vista, los efectos del lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, por un lado, y del descubrimiento de las atrocidades alemanas en la Segunda Guerra Mundial, por el otro, parecían haberse vuelto irreversibles. En 1997, con la crisis económica asiática, se terminaron los esbozos de alguna nueva esfera de coprosperidad japonesa en el Pacífico asiático, y China ya no era, por lo demás, la periferia débil de principios del siglo XX. Aunque Alemania, por su parte, haya vuelto a jugar las cartas del expansionismo en los Balcanes durante el conflicto en la antigua Yugoslavia durante la última década del siglo XX, su lugar parecía, en una Europa que no volvería a tolerar la hegemonía alemana, más bien de una potencia mediana (al igual que Francia y Gran Bretaña) como por lo demás Japón. Rusia, a la defensiva por completo, había perdido prácticamente toda la esfera de influencia que tuviera la Unión Soviética, y con dificultad podía volver a encarar una política exterior expansionista como la que le había asegurado, luego de la Segunda Guerra Mundial, el dominio de buena parte de Europa Oriental, y en los años setenta, el acercamiento al Tercer Mundo (hasta la intervención en Afganistán en 1979). Pese a velar por sus intereses y ciertas incursiones expansionistas durante los años setenta (intervención en Vietnam en 1979), China no practicaba política exterior agresiva alguna a principios del siglo XXI (su principal preocupación consistía, entre otras, en la relación con Taiwan). Menos aún era el caso de India, pese a que se convirtiera en potencia rival de Pakistán. Rusia, China e India, con sus respectivas aperturas económicas (en particular en los dos primeros casos), se encontraban a medio camino entre el desarrollo autocentrado y la posición de semiperiferias, sin formar parte de bloque económico alguno, pero sin vocación hegemónica tampoco. Por último, Francia (que se encontraba perdiendo posiciones en África) y Gran Bretaña también se habían convertido en potencias medias, aunque la segunda buscara participar en el expansionismo estadounidense en un peculiar condominio anglosajón. Dicho de otro modo, aunque un mundo multipolar fuera una

posibilidad entre otras, no parecía suponer sucesión hegemónica alguna, dejando entonces a Estados Unidos en la extraña posición del "último imperio", con todas las ventajas y desventajas de dicha posición. Si acaso, la UE en su conjunto podía aparecer como candidata a la sucesión hegemónica, pero a diferencia de China, India y Rusia era la que, en principio, debía tener la alianza estratégica más fuerte con Estados Unidos en defensa de Occidente, y para algunos fungía como cabeza de playa estadounidense en Europa Oriental, aún a riesgo, también, de sobreextenderse y de caer en un inmanejable gigantismo. Como sea, al ampliarse, la UE había entrado en la ruta del "gigantismo", similar al de Rusia, China e India. Así, la problemática multipolar se planteaba entre cinco gigantes (Estados Unidos, la UE, Rusia, China e India). Los posibles rivales de Estados Unidos tenían todos en común el temor a la "amenaza islámica", por lo que la política exterior estadounidense del "cinturón verde" y del "Gran Juego" en Asia Central –todo sobre un mar de petróleo– parecía haberse colocado en la encrucijada de sus rivales, paralizándolos, en un espacio periférico de Asia Central –en particular en las ex repúblicas soviéticas de la región– que no se había incorporado del todo al mercado, y en el cual sobrevivían economías desde pastoriles hasta cuasimedievales.

Finalmente, en el plano de las ideas, ninguna de las potencias del espacio "multipolar" había planteado la "desconexión" (un desarrollo autocentrado no dependiente), al punto de llegar a formas económicas y políticas alternativas a la democracia y el libre mercado, aunque Rusia y China conservaban gobiernos autoritarios, India sus resistencias antimodernistas (sociedad de castas, etc.) y la UE pudiera llegar a proponer una política alternativa de las nacionalidades y un desafío al dólar mediante el euro.

Consideraciones finales

A diferencia de otras potencias, Estados Unidos mostró, durante todo el siglo XX, un insoslayable pragmatismo en la política exterior, mismo que le permitió llegar hasta la posición en muchos aspectos ventajosa que tenía entre finales del siglo XX y principios del siglo XXI. El eventual idealismo, en realidad, nunca fue óbice para que se afanzara el pragmatismo, permitiéndole a Estados Unidos, para muchos la única gran potencia de principios del siglo XXI, encontrarse a la vez del "lado bueno" y del "lado oscuro" de la historia, incluso en problemas como la lucha contra el terrorismo. Por lo menos desde finales de los años cuarenta del siglo XX, quedaba claro que el pragmatismo estadounidense excluía el altruismo o los sentimentalismos y ensueños y que, para afanzarse, debía utilizar, más allá del "formulismo abstracto del derecho internacional y de las organizaciones internacionales", un "enfoque

particularizado".³⁷ Es probable que se impusiera así una concepción individualista, y no holística o sistémica, de la "sociedad" internacional. Las potencias candidatas a la multipolaridad no consiguieron esbozar otra concepción de esa misma "sociedad", ni holística, ni sistémica.

Aún en la cumbre de su poderío, y a diferencia de lo que sucediera, por ejemplo, en los años setenta del siglo xx, cuando estaba en boga el "antiimperialismo", Estados Unidos ya no suscita tantos resentimientos como antes: ni siquiera pareciera resucitarlos en el mundo árabe, a comparación del pasado. Seguramente tenga razón Víctor Flores Olea cuando afirma que:

se dan entonces la mano, en la política estadounidense, una suerte de "idealismo" fundamentalista que definiría a buena parte de su sociedad (desde luego al nivel de las élites), compuesta de creyentes devotos convencidos de los valores que han asumido (también como resultado de un inmenso aparato cultural-publicitario, que cubre un extenso espectro que va de la tv a las escuelas y universidades, pasando por la prensa escrita, las películas y la radio), con el otro extremo de las tradiciones culturales y filosóficas de ese país: *un radical pragmatismo como psicología, forma de vida y conducta* las cursivas son nuestras. El resultado es entonces un comportamiento de "buena fe" (para eso están los principios "éticos" que se invocan), que, combinado con el ultrapragmatismo que constituye el *ethos* generalizado de ese país, arroja procederes que, en nombre de los principios, autoriza violencias y hasta crímenes que ("ingenuamente") no se perciben como tales. Que inclusive se perciben como virtudes.

Y agrega:

debe decirse, por lo demás, que en el siglo xx la historia puso a Estados Unidos, en las grandes conflagraciones, del lado "adecuado". Muchos reconocen todavía el definitivo valor de su participación en la Segunda Guerra Mundial, que se considera

³⁷ Heinz Dieterich, *op. cit.*, p. 102. El "enfoque particularizado" es uno "que es escéptico frente a todo tipo de esquema que pretenda comprimir los asuntos internacionales dentro de conceptos legalistas (...) Es un enfoque que considera que el anhelo de poder es todavía tan dominante entre tantas personas, que no se le puede aminorar o controlar, si no es por una contrafuerza (...). Es un enfoque, que ve que las actuaciones universales producen una serie de obligaciones que podrían imposibilitar, teniendo en cuenta la miopía y la timidez de otros gobiernos, que este gobierno tome medidas vigorosas y tajantes en su propia defensa y en defensa de conceptos de relaciones internacionales que pueden tener una importancia vital para la estabilidad mundial en conjunto. Es un enfoque que ve la política efectiva y determinada de Estados Unidos, en momentos decisivos, prisionera en las mallas de un parlamentarismo internacional estéril e incómodo, si se aplican los conceptos universalistas. (...) Este "enfoque particularista" que "desconfía de la teoría de la soberanía nacional, tal como se manifiesta hoy en día en las organizaciones internacionales", es "el adecuado para las naciones avanzadas del mundo"; adecuado a su tarea de asumir "el liderazgo real de la política internacional". *Policy Planning Staff Study*, 23 y 24 de febrero de 1948, citado por Heinz Dieterich, *op. cit.*, p. 100.

decisiva en la derrota del nazi fascismo no solamente europeo sino también asiático. Tal "fortuna" histórica ha hecho que parte importante de la Humanidad haya visto a Estados Unidos como un genuino paladín de las libertades y la democracia, y como un factor decisivo en la liquidación de algunos de los más siniestros regímenes políticos de la historia (...) De suerte que la simplificación subjetiva a la que aludimos antes no deja de encontrar asideros justificativos en el mundo real.³⁸

A diferencia de una concepción individualista de la sociedad internacional (con sus orígenes en Locke o Hobbes, Bentham o Burke), donde la sociedad es un conjunto de individuos, las partes se ponderan más que el todo (los Estados priman sobre la sociedad y éstos determinan su comportamiento, funciones, normas, reglas, tendencias y leyes), y donde algunos Estados ascienden a potencias mientras que otros se ven reducidos a comparsas o peones, la concepción globalista u holista supondría que una comunidad mundial exista por encima de sus miembros reales y potenciales (que el todo prime sobre las partes). La adjetivación de "internacional", en este caso, no parece idónea porque sugiere la existencia de partes o divisiones; se prefiere lo "mundial", "global", "universal". Las normas que rigen la comunidad mundial debieran ostentar la categoría de leyes universales y valores supremos, y la comunidad debiera, asimismo, lograr imponerse sobre sus miembros como una totalidad que los engloba y los sustenta. Ciertamente, nunca ha existido una comunidad mundial, más que como proyecto, a falta de objetivos comunes, y también es cierto que la fórmula de la comunidad mundial suele ser la preferida de los movimientos revolucionarios de cualquier orientación. Por último, una sociedad internacional que fuera un sistema tendría propiedades y características propias, como resultado de las acciones de sus miembros.³⁹ Si bien la sociedad internacional está lejos de ser un "sistema mundial",⁴⁰ el fin de la Guerra Fría habrá limitado la posibilidad de esbozar una comunidad mundial, para que se imponga en cambio el individualismo estadounidense (aunque esté lejos de ser el único). Cerca, incluso, estuvo esta imposición de desatar el individualismo de todos (lo cual, por ejemplo, habría quebrado la unidad europea). ¿Supondría la multipolaridad el surgimiento de una comunidad mundial? En el fondo, la

³⁸ Víctor Flores Olea, "Siglo XXI: el nuevo imperialismo americano. El horizonte de las contradicciones y las transformaciones" en Raúl Villegas Dávalos (coord.), *La devastación imperial del mundo*, Universidad de la Ciudad de México/Fundación Cultural Otro Mundo para el Tercer Milenio, México, 2004, pp. 239-240.

³⁹ Paloma García Picazo, *¿Qué es esa cosa llamada "relaciones internacionales"?* Tres lecciones de autodeterminación y algunas consideraciones indeterministas, Marcial Pons, Barcelona, 2000, pp. 88-97.

⁴⁰ No existe, por ejemplo, un gobierno mundial, ni una moneda mundial (el dólar es la moneda internacionalmente dominante, pero es estadounidense).

política exterior de la *perestroika* que proponía el antiguo líder soviético Mijail Gorbachov estaba cerca de buscar, con la resolución común de algunas problemáticas, la aparición de una comunidad mundial pacífica, libre de armas nucleares y de todo tipo de guerras (lo que ahora otros buscarían como “paz perpetua” entre democracias) y dedicada a enfrentar problemas universales, como el del medio ambiente, que no puede esperar. El vuelco de los acontecimientos puso esta vez a Estados Unidos del “lado oscuro” de la historia, hasta donde la superpotencia, en un mundo con dificultades globales, sólo persigue sus propios fines con pragmatismo. Quizá sea la mayor diferencia con el gran periodo del siglo xx, donde los intereses de Estados Unidos, sus ideales y los de la sociedad internacional se entrecruzaron.